

CAPITULO VI.

CONTRADICCIONES APARENTES ENTRE LOS EVANGELISTAS.—TEMBLOR DE TIERRA: LAS GUARDIAS HUYEN Y SON SOBORNADAS.—APARICION DE JESUS A MARIA MAGDALENA.

Los evangelistas cuentan con ingenuidad el acontecimiento mas grande que ha ocurrido jamas entre los hombres. Algunas contradicciones aparentes en ciertas circunstancias accesorias, prueban que no se concertaron para escribir; y aun cuando no pudieran conciliarse éstas, contribuirían por lo mismo, á confirmar la autenticidad del hecho principal, tanto mas ciertamente, cuanto que no ha sucedido nunca, que cuatro ni aun dos personas íntimamente unidas, hayan referido un acontecimiento acompañado de circunstancias accesorias, sin discordar en éstas. Mas la diferencia no proviene siempre de la falta de verdad, de la ignorancia ó del olvido, aunque lo parezca: las mas veces procede de que el uno cuenta ciertas circunstancias que el otro toca ligeramente ú omite, y que ninguno de ellos refiere las circunstancias, que mencionadas completamente, hubieran puesto en cabal concordancia la narracion del uno con la del otro.

Cualquiera que haya presenciado una declaracion de testigos delante de los tribunales, convendrá conmigo en este punto. ¡Cuántas veces sucede que dos deposi-

ciones de testigos diferentes parece que se contradicen sobre circunstancias accesorias, y se concilian perfectamente con una simple pregunta del juez! ¡Cuántas veces se ha menoscabado la fama del hombre de bien, cuántas veces ha corrido la sangre del inocente por la sentencia de jueces engañados, que á resultas de un testimonio posterior, ó del descubrimiento de una nueva circunstancia, han conocido demasiado tarde, que los testimonios primitivos eran conformes á la verdad, y la contradiccion solo aparente!

Con arreglo á estas indicaciones, debemos mirar como enteramente fidedignas, las narraciones de los evangelistas sobre la resurreccion de Jesucristo, aun tomándolas por testimonios puramente humanos, y abstenernos de juzgar acerca de algunas contradicciones aparentes que recaen sobre circunstancias accesorias, porque aquellas declaraciones llevan, á no dudarlo, el sello de la verdad. En efecto, nadie puede figurarse por qué habian de haber querido por amor á un hombre crucificado, que los hubiera engañado, sostener una mentira que debia acarrearles la ignominia y la muerte; y seria inconcebible que el senado y el gobernador romano no hubieran reprimido al punto esta mentira, y mas inconcebible aún, que tantos miles de individuos la hubieran creído en Jerusalem, y que una multitud innumerable hubiera dado fé y testimonio de ella, así con la santidad de la vida, como con el desprecio de los tormentos y de la muerte. Mas si sucediera que despues de un madu-

ro exámen desapareciesen estas contradicciones con el cotejo de las mismas declaraciones entre sí, entonces estamparian el sello de la conviccion, que la verdad sola puede dar, en el conjunto de la narracion. Espero convencer á mis lectores de que se halla en este caso la de los cuatro evangelistas, tan completamente como me he convencido yo mismo con la obra de un inglés de muchísimo mérito (1).

Para poner claramente á la vista de mis lectores las contradicciones aparentes que se han tachado á los autores sagrados, los dejaré hablar uno despues de otro. Véase lo que dice San Mateo (Cap. XXVIII, v. 1).

“Mas en la noche del sábado, cuando comenzaba el primer dia de la semana (2), fueron María Magdalena y la otra María, á ver el sepulcro.”

(1) *Observations on the history and evidence of the resurrection of Jesus Christ*, by Gilbert. West. Este libro ha convertido á la religion muchos ingleses que no tenian mas que una fé dudosa. Ya en el año 1748 se publicó en Alemania la traduccion del célebre Sulzer. El autor halla en la materia de su obra ocasion de suministrar diferentes pruebas de la religion, de un modo muy convincente y conciso, y con un juicio sólido. Cuanto mas obligado estoy á él, mas me aflige que un hombre de su clase se haya atrevido á estampar algunas imputaciones tan acres como infundadas contra los católicos, y en particular, contra nuestro clero, en una obra que merecia estar exenta de defectos.

(2) *Opse de sabbaton te epiphoskouse eis mian sabbaton elthe María e Magdalene k. t. l.*

Esta palabra, así en el singular *to sabbaton*, como en el plural *ta sabbata*, significa á veces el sétimo dia de la semana, el dia de descanso, el sábado de los judíos, y otras toda la semana. *Opse*, con el genitivo, quiere decir *despues*: así se halla en Filóstrato: *opse ton Troikon*, despues del des-

El Evangelista ha designado ya esta otra María que era la madre de Santiago y de José: habia visto con María Magdalena y Salomé, á Jesus clavado en la cruz, y se habia sentado delante de su sepulcro con María Magdalena, mientras que José estaba ocupado en sepultar el cuerpo de Jesus. (San Mateo, XXVII, 56 á 61).

“Y he aquí que se sintió un gran terremoto, porque

tino de Troya. Grocio cita varios ejemplos de este autor, y ha encontrado tambien otro del mismo género en Plutarco. Este uso de la lengua, que no es clásico, pudiera estar admitido en la vida comun. *Te epiphoskouse eis mian sabbaton*. Aquí se sobreentiende la voz *emera*, segun un uso muy habitual en los griegos: así suele hallarse en los autores clásicos *te epaurion*, al dia siguiente. *Nia*, una, en vez de primera, es un hebraísmo que hallamos en los Setenta, y en los autores sagrados del Nuevo Testamento. En aquellos (Génesis I, 5): *Kai egeneto espera, kai egeneto proi, emera mia*: era la tarde, y era muy temprano, el primer dia. Aquel á quien pueda parecer ambiguo este ejemplo, los hallará mas positivos en el Nuevo Testamento: yo no citaré mas que uno solo. San Pablo exhorta á los corintios á recoger las limosnas para los pobres, y les dice: *Kata mian sabbaton ekastos umon par eauto titheto thesaurizin oti an euodothe*: que el primer dia de cada semana, cada uno de vosotros separe algo en su casa, reuniendo lo que quiera dar. (Epístola I ad Cor. XVI, 2).

*Te epiphoskouse* (es decir, *emera*) se usa aquí para indicar el principio del dia, así como dice Herodoto: *am emere de diaphoskouse*. Diodoro se vale de la misma expresion *tes emeras upophos-kouses*. Tal vez hay esta diferencia: que los autores griegos hablan del alba natural del dia, mientras que el Evangelista entendió acaso la claridad de las estrellas, con la cual empezaba el dia civil de los judíos, que no contaban de media noche á media noche, sino desde una aparicion de las estrellas á otra. San Lucas emplea la palabra *epiphoskein*. Veremos por la relacion de San Juan, que María Magdalena habia salido muy de mañana, segun se probará cotejando los evangelistas. Yo opino, que en el capítulo XXVIII de San Mateo se habla del alba, de la salida de la aurora.

un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose derribó la piedra y se sentó en ella (1). Y su semblante era como el relámpago, y su vestidura como la nieve. Mas los guardias se aterraron de miedo y quedaron como muertos.”

La narracion es concisa y compendiada. San Mateo deja un vacío entre el versículo cuarto y quinto, que los otros evangelistas cuidaron de llenar.

“Mas el ángel respondiendo á las mugeres dijo: No temais, porque sé que buscáis á Jesus que ha sido crucificado. No está aquí, porque ha resucitado segun dijo: venid y ved el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y yendo al punto, decid á sus discípulos que ha resucitado y va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis: mirad que os lo anuncio. Y ellas salieron prontamente del sepulcro con temor y un gran regocijo, corriendo á dar la nueva á los discípulos. Y he aquí que Jesus les salió al paso diciendo: Dios os guarde. Y ellas se acercaron, y abrazaron sus piés y le adoraron. Entonces les dijo Jesus: No temais: id y anunciad á mis hermanos que vayan á Galilea, y allí me verán.

“Habiendo partido ellas, algunos soldados de la guardia fueron á la ciudad, y participaron á los principales

(1) Es muy verosímil que el terremoto atribuido al ángel del Señor que rodó la piedra, fué solamente local, y se sintió en las inmediaciones del sepulcro nada mas, donde con la aparicion del ángel debieron aturdirse y aterrarse los soldados romanos. No parece que le sintieron las dos Marias, sin embargo de que estaban ya en camino.

sacerdotes todo lo que habia sucedido. Y congregados con los ancianos, despues de deliberar, dieron mucho dinero á los soldados diciendo: Decid que sus discípulos fueron por la noche y le robaron estando vosotros durmiendo: si el gobernador supiere esto, nosotros le persuadiremos, y os pondremos en seguro. Y los soldados habiendo recibido el dinero, hicieron segun habian sido instruidos. Y se divulgó esta noticia entre los judíos hasta el dia de hoy. (San Mateo, XXVIII, 2, 15).”

San Justino mártir echa en cara á Trifon, que los judíos de Jerusalem, es decir, el gran consejo, enviasen hombres especialmente escogidos para esto, á todos los paises donde habia judíos, para prevenir á éstos, que se habia levantado una sécta impía, sosteniendo que habia subido al cielo un cierto Jesus de Nazareth, mandado crucificar por los magistrados, y cuyo cuerpo habian robado sus discípulos del sepulcro.

Una vez que el sanhedrin quiso cerrar su corazon á la verdad que le habian anunciado los soldados, no debe asombrarnos la medida que tomó por ridícula que fuese, porque no lo era, no quedándole otra que tomar. Cualquiera medida debió ser insuficiente para sofocar este suceso, mucho mas cuando solo unos pocos soldados volvieron inmediatamente á dar parte á los príncipes de los sacerdotes (1), y los otros no dejarían cierta-

(1) La circunstancia de haber ido inmediatamente algunos de los romanos á participar lo sucedido á los príncipes de los sacerdotes, da peso á la suposicion de que esta guardia se habia sacado de la cohorte romana, encargada de velar sobre la conservacion del orden en el templo.

mente de hablar del terremoto y de la aparicion del ángel, con una figura del todo divina, ya porque todos son inclinados á contar las cosas maravillosas que han presenciado, ya tambien porque no habia la menor razon que pudiera explicarles la abertura del sepulcro, encomendado á su custodia, ó justificar su fuga, y librarlos de la muerte que los amenazaba, por haber abandonado la guardia.

Así la divina Providencia ordenó las cosas, de modo que obligó á los romanos á aumentar el número de los testigos, y aun permitió que la deposicion comprada de los otros, fuese una prueba manifiesta de la verdad, porque estos decian que los discípulos habian robado el cuerpo de Jesus, mientras ellos dormian. ¿Cómo toda una guardia romana se habia de haber dormido? ¿Y cómo podian atestiguar lo que habia sucedido cuando estaban dormidos? Además, los discípulos que habian abandonado á su maestro, y huido cuando le aprisionaron, ¿se habian de haber convertido de repente en hombres audaces? Ellos sabian que los romanos custodiaban el sepulcro, ¿y tendrian bastante atrevimiento para acometer semejante empresa? O si no lo sabian, ¿cómo continuaron, sin embargo, su obra, hallando guardias cerca del sepulcro? ¿Y habrian quitado la piedra de la entrada del sepulcro, en la conviccion de que no despertarian los romanos, es decir, de que Dios haria un milagro? Los romanos no despertaron: su sueño dió bastante tiempo á los discípulos para entrar en el sepul-

cro, y llevarse tranquilamente el cuerpo; ¿y solo entonces sentirian moverse la tierra, y verian el ángel resplandeciente? Y el gran consejo ¿no habria hecho ninguna informacion, y habria dejado á los discípulos andar libremente por Jerusalem? ¿Y Pilato? ¿Habria dejado tambien á los soldados en libertad? Pero ¿por qué razon habian de haber robado los discípulos el cuerpo de su maestro? ¿Por el gusto de decir que habia resucitado Jesus? Mas si eran capaces de tal bellaquería, ¿por qué no publicaron desde luego que habia subido al cielo? Despues del rapto del cuerpo, ¿se habrian divertido por espacio de cincuenta dias en concertar una mentira para venir publicando despues que se habia aparecido en Jerusalem y en Galilea, durante cuarenta dias? ¿Quién se atreveria á mentir de un modo tan singular y tan propio para dificultar el sosten de la mentira? Y sin embargo, ellos la sostuvieron sin que se desconcertase uno solo, y sin dejarse vencer de las cadenas y de las ignominias, ni amedrentar con los tormentos y la muerte. ¿Y por qué? ¿Podian prever, por ventura, que su fábula se extenderia del Oriente al Occidente; que derribaria los altares de los falsos dioses, y produciria una moral pura, á la que tendrian que rendir homenaje los mismos incrédulos; que la mentira mas extravagante traeria en pos de sí las verdades mas sublimes, que ni siquiera sospecharon jamas los mayores filósofos? ¿Qué absurdo tan monstruoso se ve obligado el incrédulo á tragar con la piedra del sepulcro!

Pasemos al Evangelio de San Márcos.

“Y habiendo pasado el día del sábado, María Magdalena, y María, madre de Santiago, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus (1). Y el primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro, al salir el sol, y se decían unas á otras: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro? Porque esta piedra era muy grande. Y mirando, vieron que estaba quitada. Y entrando en el sepulcro, vieron un jóven sentado á la derecha, cubierto de una túnica blanca, y se quedaron asombradas. Y él les dice: No os atemoriceis, vosotras buscais á Jesus Nazareno crucificado: ha resucitado: no está aquí: ved el sitio donde le depositaron. Mas id, y decid á sus discípulos y á Pedro (2), que va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis como dijo. Y ellas saliendo huyeron del sepulcro, porque se habia apoderado de ellas el temor y el temblor, y no dijeron nada á nadie porque temían. Mas Jesus resucitando por la mañana el primer día de la semana, se apareció

(1) José y Nicodemus no habian embalsamado el santo cuerpo en la tarde del viernes, sino que le habian envuelto solamente en una sábana con perfumes, ya por el poco tiempo que les dejaba la proximidad del sábado, ya porque el embalsamamiento era obra de las mugeres.

(2) A este propósito hace Grocio una excelente observacion. “Pedro, dice, es nombrado particularmente como gefe del colegio apostólico (*dux apostolici cætus*); y así, es un ejemplo notable de la flaqueza humana, de una penitencia formal, y de una fé renovada, que se ofrece á todos. Aquí se cumplió el gozo de los ángeles, por el pecador convertido,” de que habló Jesucristo.

primeramente á María Magdalena, de la que habia lanzado siete demonios. Esta fué y lo participó á los que habian estado con él y lloraban y gemían. Mas ellos oyendo decir que vivía y que habia sido visto por ella, no lo creyeron. (San Márcos, XVI, 1 á 11).”

Veamos lo que refiere San Lúcas:

“Y el primer día de la semana muy temprano, fueron ellas al sepulcro (es decir, las santas mugeres de que habia hablado poco antes el Evangelista, y mas abajo nombra las mas distinguidas) llevando los aromas que habian preparado, y encontraron quitada la piedra del sepulcro; y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesus. Y sucedió, que estando turbadas interiormente por esto, aparecieron junto á ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. Y como ellas temieron é inclinaron la cabeza hácia el suelo, les dijeron aquellos: ¿Por qué buscais entre los muertos al que está vivo? No está aquí, sino que ha resucitado: acordaos cómo os habló cuando estaba aun en Galilea diciendo: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores, y crucificado, y que resucite al tercero día. Y ellas se acordaron de las palabras de Jesus. Y habiendo vuelto del sepulcro, contaron todo esto á los once y á todos los demas. Y las que decían esto á los apóstoles, eran María Magdalena y Juana, y María madre de Santiago, y las demas que iban con ellas (1). Y

(1) En el capítulo VIII de San Lúcas, se dice de estas mugeres, que siguieron á Jesus con María Magdalena, una llamada Susana, y otras, y

estas palabras les parecieron á ellos como un delirio, y no creyeron. Mas Pedro levantándose, corrió hácia el sepulcro, é inclinándose vió solo la sábana en el suelo, y se fué admirándose interiormente de lo que habia sucedido. (San Lucas, XXIV, 1 á 12)."

Oigamos ahora al discípulo amado.

"El primer dia de la semana, María Magdalena fué por la mañana al sepulcro cuando aun estaba oscuro, y vió quitada la piedra. Corrió, pues, en busca de Simon Pedro y del otro discípulo á quien amaba Jesus, y les dice: Se han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto. Salieron, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrian los dos juntos; mas el otro discípulo se adelantó á Pedro en la carrera, y llegó el primero al sepulcro. Y habiéndose inclinado, vió la sábana en el suelo; pero no entró. Llegó Simon Pedro que le seguia, y entró en el sepulcro, y vió la sábana en el suelo, y el sudario que habia tenido en la cabeza, no puesto con la sábana, sino doblado aparte en otro lugar. Entonces entró el discípulo que habia llegado el primero, al sepulcro, y vió y creyó (1);

le asistieron con sus bienes. Juana era la muger de Chusé, mayordomo de Herodes.

(1) *Y creyó.* Los mas de los intérpretes dan esta explicacion: creyó entonces lo que habia dicho María Magdalena, es decir, que se habian llevado el cuerpo de Jesucristo; porque inmediatamente se lee esta reflexion: no sabian que era preciso que resucitase de entre los muertos. San Agustín es tambien de esta opinion. Mas no fué su entrada en el sepulcro la que le convenció de que estaba vacío, porque si no lo hubiese advertido á

porque aun no sabian la Escritura que era preciso que resucitase de entre los muertos. Volviéronse, pues, los discípulos á su casa.

"Y María estaba de pié á la parte afuera del sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se bajó y miró hácia el sepulcro, y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados, el uno á la cabeza y el otro á los piés, donde habia estado puesto el cuerpo de Jesus. Dícenle ellos: Muger, ¿por qué lloras? Y ella les responde: Porque se han llevado á mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Habiendo dicho esto, volvió la cabeza atras y vió á Jesus de pié, y no sabia que era Jesus. Dícele Jesus: Muger, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, juzgando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me le llevaré. Dícele Jesus: María. Y volviéndose ella, le responde: *Rabboni* (que significa mi maestro). Jesus le dice: No me toques, porque aun no he subido á mi Padre; pero vé á

la primera mirada, hubiera entrado de seguida. Al entrar, echó de ver que la sábana y el sudario estaban doblados y puestos con orden: de donde infirió, como nota San Cirilo, que no habia sido robado el cuerpo inanimado, y entonces creyó que Jesucristo habia resucitado, segun predijo. Así, las palabras *porque no sabian aun la Escritura, que convenia que resucitase de entre los muertos*, no son mas que una censura de la incredulidad en que perseveraba San Pedro, á lo que parece, y de la que solamente se curó San Juan, al ver cómo estaba doblada la sábana, y puesto el sudario en un sitio aparte. Si el Evangelista hubiera querido expresar el primer sentido, habria dicho: Y creyó lo que María Magdalena habia dicho. La expresion breve y sencilla *creyó*, se emplea siempre de este modo, para indicar la fé de las verdades divinas.